

Conozca al Maestro

“Y los nueve, ¿ dónde están?” (Lucas 17.11–19)

Una de las más grandes necesidades de nuestro tiempo es la de ser agradecidos. Hemos sido bendecidos sobremanera, pero tendemos a dar por sentadas nuestras bendiciones. Esto fue lo que Pablo escribió: “Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, *si se toma con acción de gracias*” (1 Timoteo 4:4; énfasis nuestro). Esto fue lo que el autor de Hebreos dijo: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, *ten-gamos gratitud*, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Hebreos 12:28; énfasis nuestro). Según Colosenses 2:7, deberíamos estar “abundando en acciones de gracias”. Francamente, esta lección no tiene tanto el propósito de educar nuestra mente como sí, el de conmover el corazón y compungir la conciencia (2 Pedro 1:12–13).

LA INGRATITUD EN LOS TIEMPOS DE JESÚS

Esto es lo que Lucas 17 dice: “Yendo Jesús a Jerusalén” (v. 11a). Esta es la tercera vez que el libro de Lucas ha hablado acerca de que Jesús estaba camino “a Jerusalén”.¹ El tiempo para ser crucificado estaba acercándose. “Pasaba entre Samaria y Galilea” (v. 11b). Esto es lo que la NVI dice: “Jesús pasó a lo largo de la frontera entre Samaria y Galilea”. Jesús habría estado viajando en dirección oeste hacia el río Jordán. □ “Y al entrar en una aldea” (v. 12a). Lucas no menciona el nombre de la aldea; ello no es importante.

Cuando Jesús entraba a la aldea, “le salieron al

encuentro diez hombres leprosos los cuales se pararon a lo lejos” (v. 12b). Los leprosos no podían entrar a los pueblos, pero sí podían acercarse a la entrada de los mismos a pedir limosna.² Es probable que estos leprosos estuvieran cerca de la entrada de la aldea cuando Jesús estaba a punto de entrar. Por lo menos uno de ellos era samaritano (v. 16). Según se desprende de declaraciones posteriores de Jesús, es obvio que la mayoría del resto de ellos eran judíos (v. 18). Las trágicas circunstancias habían obligado a estos enemigos a muerte³ —judíos y samaritanos— a estar juntos. Cuando las aguas de la inundación suben, las ovejas y los lobos se acurrucan unos con otros sobre las pequeñas islas de tierra seca.

Para apreciar la historia plenamente, necesitamos saber algo acerca de la enfermedad que estos hombres tenían. La aflicción a la que la Biblia le llama lepra era una temida enfermedad la cual era altamente contagiosa.⁴ Los que han estudiado la enfermedad nos dicen que la lepra era un espectáculo nauseabundo. Al comienzo la enfermedad descoloraba la piel —ésta se tornaría de color rosado, luego parda, y por último negra. Se ulceraba hasta formar llagas, causando estragos, y destrozando la piel, así como el hueso. La muerte era inevitable dentro de los dos años siguientes.

Imagine en su mente, a estos diez parias levantando manos sin dedos, brazos sin manos. Pudieron haberles estado faltando ojos, orejas, o narices. Eran unos sucios, macilentos y derrotados indeseables que no tenían familia, ni trabajo, ni

¹ Lucas 9.51; 13.22. ² Levítico 13.46; Números 5.2–3. ³ Juan 4.9. ⁴ Según entiendo, el uso que le daba la Biblia al término “lepra” era más amplio que el uso que le damos hoy en día.

una vida normal. La lepra era tanto debilitante como humillante.

El versículo 12 hace notar que ellos “se pararon de lejos”. La ley obligaba a que los leprosos se pararan de lejos. La ley no especificaba la distancia, pero un rabino recomendaba cincuenta pasos. Ello era aproximadamente unos cuarenta y cinco metros, la mitad de la longitud de un campo de fútbol⁵ —¡una larga distancia de todas maneras!

Cuando estos diez leprosos vieron a Jesús, ellos “alzaron la voz” (v. 13a). La naturaleza de la enfermedad afectaba las cuerdas vocales. A menudo la tuberculosis era asociada con esta aflicción. La voz llegaba a ser ronca y áspera. Aquí estaban diez hombres, a cuarenta y cinco metros, clamando con sus arruinadas voces, tratando de conseguir la atención de Jesús. Esto es lo que clamaban: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” (v. 13b). No hay duda de que deseaban sanidad, pero lo que pedían específicamente era misericordia, piedad, y comprensión. No sólo necesitaban la sanidad del cuerpo; también necesitaban sanidad de la mente y del alma.

Esto es lo que el versículo 14 hace notar: “*Cuando él los vio, les dijo:...*” (énfasis nuestro). Jesús habría estado rodeado de una ruidosa multitud. Tal vez no los escuchó al comienzo. Cuando los escuchó, miró a su alrededor y por fin los detectó a la distancia. Les dijo: “Id, mostraos a los sacerdotes” (v. 14b).

Anteriormente, Jesús había sanado a otro leproso. En esa ocasión, Jesús le había tocado y le había dicho: “Sé limpio” (Lucas 5:13). Después de que el hombre fue sanado, Jesús le dijo que fuera y se mostrara al sacerdote, tal como la ley lo ordenaba. Uno de los oficios de los sacerdotes era servir como inspectores de salud.⁶ Si los sacerdotes concluían que un leproso estaba sano, el hombre podía ofrecer ciertos sacrificios y después volver a integrarse a la sociedad. Él podía regresar a casa a su familia, regresar al trabajo, e ir al templo.

Esta vez, no obstante, Jesús no se acercó a estos leprosos, ni los tocó, ni los sanó en el mismo sitio.⁷ Más bien, los desafió con una prueba de fe⁸ —a que fueran y se mostraran a los sacerdotes *¡como si* ya estuvieran sanos! (Si la NVI está en lo correcto acerca de la ubicación geográfica de esta historia —la frontera entre Samaria y Galilea—, entonces ¡estos

diez leprosos tenían una gran distancia que caminar para poder ir todo el camino hasta Jerusalén!).

La parte que sigue de la historia es emocionante: “Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados” (v. 14c). Dado que el samaritano fue capaz de regresar y buscar a Jesús, yo supongo que los diez no iban lejos cuando fueron limpiados. ¡Imagínese cómo debió haber sido el momento en el que la sanidad regresó a los cuerpos de ellos —cuando los ojos, oídos y gargantas fueron sanados; cuando las viejas llagas cayeron y la piel llegó a estar saludable; cuando nuevos huesos se formaron, estaban cubiertos con nueva estructura muscular con nuevas venas y nuevas arterias, la totalidad del cuerpo cubierta de piel nueva; cuando la salud y el vigor comenzó a palpitar a través de todos sus cuerpos! ¡Cuánta alegría debió haber colmado sus corazones! “¡Estoy sano nuevamente!”. “¡Puedo volver a casa!”. “¡Puedo reintegrarme a la sociedad!”. “¡Puedo ir al templo otra vez!”.

Nótese las similitudes entre estos diez hombres: 1) Todos estaban afligidos con una terrible enfermedad. 2) Todos estaban determinados a hacer algo acerca de ello. 3) Todos creyeron que Jesús podía ayudarles de alguna manera. 4) Todos apelaron a Jesús. 5) Todos obedecieron a Jesús e iniciaron el camino que los llevaría hasta los sacerdotes. 6) Todos fueron sanados. Aquí terminan las similitudes. Así comienza el versículo 15: “Entonces *uno* de ellos...” (énfasis nuestro). En un momento veremos que este hombre era samaritano. “Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió...” (v. 15a). No hay duda de que después hizo el viaje que Jesús había ordenado.⁹ Pero antes, él quiso expresar su desbordante aprecio.

“Volvió, glorificando a Dios...” (v. 15b). Comprendió que era *Dios* el que le había dado a Jesús el poder de sanar. Glorificó a Dios “a gran voz...” (v. 15c) —ya no con el ronco clamor de un leproso, sino ¡con la fuerte voz de un hombre sano! “Y se postró rostro en tierra [a los pies de Jesús], dándole gracias” (v. 16a). Reconoció a Jesús como la deidad y se postró a sus pies, adorándole y dándole gracias. La frase “dándole gracias” se encuentra en el tiempo presente, lo cual indica que el hombre que había sido sanado *continuaba* dándole gracias a Jesús.

⁵ Úsese una comparación que sus oyentes entiendan. ⁶ Levítico 14.2 y siguientes. ⁷ Un antiguo manuscrito indica que Jesús los sanó en el mismo sitio, pero la mayoría de los manuscritos no lo consignan así. Es fascinante notar todas las circunstancias que rodearon los milagros de Jesús. Burton Coffman, en una buena sección sobre este tema, hace notar que “la maravillosa diversidad de métodos en los milagros de Jesús es una señal de la divina originalidad de éstos” (*Commentary on Luke [Comentario de Lucas]* [Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1975], 340). ⁸ Esto fue lo que Jesús le dijo al samaritano en el versículo 19: “tu fe te ha sanado”. ⁹ Los samaritanos creían en los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, los cuales incluían las leyes acerca de la lepra.

Las palabras que siguen vienen casi como una sacudida en la narrativa: “Y éste era samaritano” (v. 16b). A menudo recibimos aprecio de aquellos de quienes menos esperamos que lo muestren, al mismo tiempo que aquellos de quienes esperamos que nos den las gracias, a menudo dan por sentados nuestros esfuerzos.

¿Puede detectar la tristeza en la voz de Jesús en el versículo 17?: “Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?”. Uno podría haber esperado que todos regresaran y formaran un coro improvisado y cantaran el Salmo 103:

Bendice, alma mía, a Jehová,
Y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
Y no olvides ninguno de sus beneficios.
Él es quien perdona todas tus iniquidades,
El que sana todas tus dolencias;
El que rescata del hoyo tu vida,
El que te corona de favores y misericordias;
El que sacia de bien tu boca
De modo que te rejuvenezcas como el águila
(vv. 1-5).

No obstante, no lo hicieron. ¿Por qué? Burton Coffman sugiere las siguientes explicaciones:

Uno esperó para ver si la sanidad era real.
Otro esperó para ver si duraría.
Otro dijo que vería a Jesús después.
Otro llegó a la conclusión de que nunca tuvo lepra.
Otro dijo que se hubiera sanado de todas maneras.
Otro le dio la gloria a los sacerdotes.
Otro dijo: “Oh, bien, en realidad Jesús no hizo nada”.
Otro dijo: “Cualquier rabino lo podría haber hecho”.
Otro dijo: “Ya había mejorado bastante”.¹⁰

Jesús, con tristeza preguntó: “¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?” (v. 18). La palabra que se traduce como “extranjero” es la misma que se encuentra en esta inscripción a la entrada que viene del atrio de los gentiles al atrio de las mujeres: “Ningún hombre de otra nación puede pasar dentro de la cerca y recinto alrededor del templo, y cualquiera que sea sorprendido en el acto se tendrá a sí mismo para culparse de que su muerte suceda”. Este hombre no podía entrar al templo propiamente dicho, pero podía venir a Jesús.

Jesús se volvió al samaritano que le adoraba a sus pies. “Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha

sanado (NASB)” (v. 19). Cuando Jesús dijo: “Tu fe te ha sanado”, pudo haber estado diciendo lo obvio. Tal vez, Jesús estaba pronunciando una bendición *especial* para este hombre, porque había sido agradecido. Después de todo, hasta los nueve malagradecidos habían sido sanados físicamente. En el lenguaje original, lo que se lee literalmente es: “Tu fe te ha *salvado*”¹¹ (énfasis nuestro). Es posible que lo que Jesús estaba diciendo era: “Tu fe y la expresión de ésta al dar gracias¹² te ha sanado física y espiritualmente”. ¿En otras palabras: “Hoy ha venido la salvación a [tu] casa” (Lucas 19:9)!

LA INGRATITUD HOY EN DÍA

Nos hacemos a un lado y echamos una mirada a las estadísticas en esta historia: Sólo uno de un total de 10 regresaron para dar gracias —¡sólo 10 por ciento!— y nos asombra. Luego nos detenemos y pensamos. ¿Ha mejorado el porcentaje hoy en día?

Todos sabemos que la ingratitud es terrible, pero ¿cuánto realmente impacta en nuestras vidas este saber? En una publicación, hace varios años, vi una ilustración de una página completa con el título: “Ingratitud”. En el centro de la página había una imagen colosal con una etiqueta que decía: “Ingratitud”. Alrededor de la imagen había una multitud de gente arrojando piedras a la figura. Cuando miré más de cerca, vi que cada persona de la multitud estaba sosteniendo en sus manos una pequeña imagen con una etiqueta que decía: “Ingratitud”. Así, el caricaturista expresó su convicción de que, aunque destestamos la ingratitud que hay en otros y clamamos en contra de ella, todos nosotros guardamos algo de este insidioso rasgo en nuestros propios corazones. Cuando leemos la historia del 1 de cada 10 que regresó para agradecerle a Jesús, cada uno de nosotros se pregunta: “¿Cuál será mi CG?”: “¿Cuál será mi coeficiente de gratitud?”.

La Biblia recalca con gran énfasis el ser agradecidos:

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos (Colosenses 3:15).

Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias (Colosenses 4:2).

Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús (1 Tesalonicenses 5:18).

¹⁰ Coffman, 341. ¹¹ En la NASB se encuentra este pie de página: “O, te ha salvado”. ¹² Una antigua expresión dice: “la gratitud completa la fe”.

¡Qué gran desafío se encuentra en las palabras: “Dad gracias *en todo*!” (énfasis nuestro). Siempre tenemos algo por lo cual estar agradecidos. Se cuenta la historia de un hombre que siempre se hacía notar porque siempre veía lo bueno de cualquier situación y daba gracias a Dios por ello. Un día había una terrible tormenta de invierno. Todo estaba cubierto con una gruesa capa de hielo, cellisca y nieve. Las líneas de alto voltaje estaban en el suelo, y la mayoría de la actividad estaba detenida. Sólo un puñado, incluyendo a este hombre, fue capaz de llegar hasta la reunión regular para la oración. Los pocos que estaban allí esperaban para oír lo que este hombre podía encontrar de bueno por lo cual agradecer al Señor. Cuando le llegó su turno para orar, ¡esto fue lo que dijo: “Señor, te damos gracias a ti de que el tiempo no siempre es como ahora”!

La mayoría de nosotros necesita que se nos señale lo bueno. Era el día de Acción de Gracias. Toda la familia estaba reunida, incluido el gruñón de tío Mort. Antes de comer, fueron alrededor de la mesa diciendo aquello por lo cual estaban agradecidos. Cuando le llegó el turno a Mort, esto fue lo que dijo: “Paso”. El muchacho junto a él le dijo: “Un momento. Tienes que decirnos aquello por lo cual estás agradecido, tío Mort”. Mort, dando un bufido, dijo: “No tengo nada por lo cual dar gracias”. El muchacho miró la dorada ave que estaba en medio de la mesa, y luego dijo: “¡Por lo menos puedes dar gracias de que no eres un pavo!”

Una vez en un día de Acción de Gracias, un chico pequeño que tenía que llevar lentes puestos, dijo: “Estoy agradecido por mis lentes”. “¿Eso es porque te permiten ver?”, alguien preguntó. “No”, respondió. “Porque me libran de que los chicos peleen conmigo y de que las chicas me besen”. “Dad gracias *en todo*”. ¡Siempre tenemos algo por lo cual estar agradecidos!

La Biblia también habla sobre el pecado de no ser agradecidos. Cuando Pablo habló acerca del triste estado de la humanidad en sus días, esto fue lo que escribió: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, *ni le dieron gracias*” (Romanos 1:21; énfasis nuestro). Cuando más adelante escribió acerca de la triste condición de la humanidad en los días que seguirían, esto fue lo que dijo: “Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, *ingratos,...*” (2 Timoteo 3.2; énfasis nuestro).

Según una antigua leyenda, dos ángeles fueron enviados a la tierra para reunir las oraciones de los hombres. Uno debía llenar su canasto con las

peticiones de los hombres —las cosas que pedían. El otro debía recoger las oraciones de acción de gracias. Algún tiempo después regresaron al trono de Dios. El primero tenía un canasto colmado y desbordante con las innumerables peticiones de los hombres. El segundo regresó con el corazón entristecido y oprimido; su canasto estaba casi vacío.

Las historias de ingratitud, tanto con los hombres, así como con Dios, podrían multiplicarse. Hace muchos años un abarrotado vapor de pasajeros se hundió cerca de la orilla del lago Michigan. Un estudiante llamado Edward Spencer estaba en la orilla y vio a una mujer aferrándose a unos restos del naufragio a lo lejos donde las olas rompían. Se quitó su abrigo y nadó sobre las enormes olas, pudiéndola traer por fin a la orilla. Dieciséis veces más, el joven, desafió a las olas, rescatando a diecisiete personas en total. Luego colapsó agotado. Físicamente, jamás se recuperó de aquel esfuerzo y pasó el resto de su vida con mala salud. Años más tarde, en una noticia acerca de su muerte, el periódico dijo que ninguna de las diecisiete personas que fueron rescatadas vinieron siquiera una vez a darle las gracias.

No obstante, no nos corresponde juzgar a otros. Nuestra inquietud es con nosotros mismos. ¿Somos tan agradecidos como deberíamos serlo? Tomémonos unos pocos momentos para un examen de conciencia.

¿Seremos tan agradecidos como deberíamos serlo, en nuestros hogares? ¿Será sólo coincidencia que cuando Pablo mencionó los pecados de la humanidad en 2 Timoteo 3, inmediatamente después de los “desobedientes a los padres”, mencionó a los “ingratos”? No sé si será coincidencia, pero sí sé que muchos de nosotros somos ingratos con nuestros padres. Hubo momentos en nuestras vidas, en los cuales, si ellos no se hubieran preocupado por nosotros, sólo una semana de descuido hubiera sido la causa de que estuviéramos muertos. En nuestros primeros años dependimos de nuestros padres para todo. Muy a menudo llega el momento en el que un padre anciano se convierte en una molestia y la gente joven no está dispuesta a pagar la deuda que tienen. Así como en el drama de Shakespeare, llamado El rey Lear, éste dijo el día de su propia tragedia: “¡Más filoso que el diente de una serpiente es tener a un hijo malagradecido!”.

¿Somos tan agradecidos como debiéramos ser con nuestros semejantes? Cuando pensamos en la ingratitud con nuestros semejantes, son muchas las ilustraciones bíblicas que nos llegan a la mente: Labán, quien no apreció los esfuerzos de Jacob, su

yerno (cf. Génesis 31:6-7); el mayordomo que se olvidó de José en la prisión (Génesis 40:23); los hijos de Israel que estuvieron prestos a apedrear a Moisés, el que los había liberado (Éxodo 17.1-4); y Saúl, cuya vida fue escatimada por David, y sin embargo buscó la manera de matar a éste (2 Samuel 16:1-2).

Cada uno de nosotros tiene grandes deudas con muchas personas. Pueden ser amigos, hermanos o hermanas en Cristo, o maestros. Algunos podemos estar en deuda con doctores, tal vez con cirujanos, que salvaron nuestras vidas. ¿Habremos dicho: “Gracias”? ¡Hagámoslo antes de que sea demasiado tarde!

Un predicador, hablando acerca de la necesidad de ser agradecidos, una vez dijo: “No hay teléfonos en el cielo”. Lo que quiso decir fue, que una vez que alguien se ha ido, es demasiado tarde para decir: “Gracias”. Supongamos que un amigo llamado Bill una vez me hizo un gran favor y que yo nunca se lo agradecí adecuadamente. Después de que él muere, yo no puedo tomar el teléfono y decir: “Quiero hacer una llamada a larga distancia. Quiero decir L-A-R-G-A distancia. Quiero hablar con Bill en el cielo. ¿Eres tú Bill? Bueno, ¡sólo te llamaba para decirte gracias!”.

Algunas veces, en los funerales, he visto personas tratando de compensar por palabras que no se dijeron, diciéndole al cuerpo sin vida en el ataúd: “¡Te amo! ¡Te aprecio! ¡Me importas!”. Es demasiado tarde para entonces.

Un extravagante hombre de negocios de Texas hizo que se imprimiera un libro para darlo a sus amigos y clientes. Sobre la portada había un título que decía: *Un millón de gracias*. Adentro, la palabra “gracias” estaba impresa un millón de veces. La mayoría de nosotros necesitaría *más* de un millón de “gracias” para expresar nuestro aprecio a todos los que nos han ayudado y animado.

Geraldine Searfoss escribió las siguientes líneas, con el título “Díselo”:

¿Te ayuda un vecino un poquito,
En el camino por el que tu vas
—Te ayuda a hacer más liviana la carga?
Entonces ¿por qué no se lo dices?
¿Hace un apretón de manos que se te levante el
ánimo
Cuando éste está en las profundidades del
dolor y del infortunio?
¿Cuando un viejo amigo comparte tu tristeza?
Entonces ¿por qué no se lo dices!

¿Te da tu Padre Celestial

Muchas bendiciones aquí abajo?
Luego sobre las rodillas hincadas ante él,
Con franqueza, con gozo, ¡díselo!¹³

Esto nos lleva la parte más importante del examen de conciencia: ¿somos tan agradecidos como deberíamos serlo con Dios? Seguramente, la más dolorosa falla de cada uno de nosotros es cuando no le decimos “Gracias” a Dios por todas sus bendiciones. Esto fue lo que el salmista dijo: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios” (Salmos 103.2; énfasis nuestro). ¿De qué “beneficios” estaba hablando el salmista? Comencemos con los que sugiere Mateo 5.45: “Vuestro Padre... hace salir su sol sobre malos y buenos, y... hace llover sobre justos e injustos”. Tenemos el resplandor del sol y la lluvia; tenemos al sol, la luna, las estrellas; tenemos flores, árboles y pájaros; tenemos manzanas, huevos y mantequilla de cacahuete. Tenemos, incluso, nuestra rutina diaria.

¡Están, además, aquellos beneficios especiales que podamos tener, aun como la bendición especial que le dio Jesús al samaritano! “Considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros” (1 Samuel 12.24). ¿Se ha enfermado alguna vez para luego ponerse bien?¹⁴ ¿Fue usted criado en un hogar cristiano? ¿Ha tenido usted la oportunidad de oír, conocer y obedecer el evangelio? ¿Tuvo usted una educación cristiana? ¿Halló un cónyuge que también ama al Señor? ¿Le ha dado hijos el Señor? ¿Ha tenido el privilegio de conocer a algunos de los grandes santos de Dios? Hubo quien dijo que la aritmética más difícil de dominar, es la de contar nuestras bendiciones.

Aquello por lo cual deberíamos estar más agradecidos, es lo que Pablo llamó el “don inefable” de Dios (2 Corintios 9.15), ese don es Jesús. Cuando Winston Churchill homenajeó a los jóvenes de la Real Fuerza Aérea, que protegieron a Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, esto fue lo que dijo: “Nunca, en la historia del universo, han estado tantos, tan endeudados, con tan solamente uno”. Estas palabras son aún más ciertas en el caso de Jesús: “¡Nunca, en la historia del universo, han estado tantos, tan endeudados, con solamente uno!”.

¿Cuán agradecidos estaremos por todo aquello que el Señor ha hecho por nosotros? Si *estamos* agradecidos, ¿cómo *expresaremos* nuestro agradecimiento? “Y los nueve, ¿dónde están?” cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor. “Y los nueve, ¿dónde están?” cuando pasa el plato de

¹³ Citado en: Eleanor Doan, *The Speaker's Sourcebook* (El libro fuente del orador) (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962), 262. ¹⁴ A los oyentes se les puede pedir que hagan una lista de las bendiciones “especiales” que hayan recibido. Las listas de ellos pueden ser diferentes a las de la lección.

la ofrenda. “Y los nueve, ¿dónde están?” cuando nos reunimos a adorar al Señor el domingo por la noche y durante la semana. “Y los nueve, ¿dónde están?” cuando es el tiempo de ir a visitar y evangelizar, de manera que podamos compartir la *más grande* bendición, la bendición de salvación.

Pase unos momentos pensando en todas las cosas que Dios ha hecho por usted, luego déle gracias. No lo deje con el corazón afligido, haciendo la misma pregunta: “Y los nueve, ¿dónde están?”.

CONCLUSIÓN

Una de las maneras más prácticas de expresar su agradecimiento es haciendo lo que se le ha ordenado que haga. Si usted necesita ser bautizado —o restaurado por ser un hijo errante de Dios— ¿por qué no llenar esa necesidad de una vez? Si usted apreciara lo que el Señor ha hecho por usted, ¿no esperaría, ni titubearía! ■

©Copyright 1998, 2000 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados